

un caso —la construcción del barrio San Ignacio, en Bilbao—, comprender las representaciones de una sociedad ideal franquista en la posGuerra Civil, imaginada a través de un discurso que unía justicia social y orden jerárquico. Sin duda este último texto —de excelente factura, por cierto— encuentra más dificultad para ubicarse en el marco de esta compilación.

La tarea de los especialistas involucrados en esta obra es sin duda encomiable por la forma en que los debates historiográficos obligan a replantear esquemas establecidos. Algunos pasajes más políticos que académicos podían haberse obviado, en especial aquellos argumentos contruidos en base a una supuesta tarea “desmitificadora”. En buena medida porque es evidente que también quienes critican las miradas “interesadas” sobre el pasado están “contaminados” —situación ineludible de la condición humana— por los debates políticos de su presente.

José Antonio Zanca

Arnau Gonzàlez i Vilalta: *Cataluña bajo vigilancia. El consulado italiano y el fascismo de Barcelona (1930-1943)*. Valencia: Publicaciones de la Universidad de Valencia 2009. 377 páginas.

El objetivo del trabajo puede dividirse en dos: desde la perspectiva heurística, busca hacer público un conjunto de documentos que han sido o bien poco explorados o bien subestimados. Desde la perspectiva historiográfica propone observar, a través de la mirada de la diplomacia italiana y los referentes del fascismo en Cataluña, distintas estrategias de quienes serían aliados del franquismo, en el período previo e inmediatamente posterior a la Guerra Civil española.

El texto se retrotrae a las primeras organizaciones de la importante colonia italiana que residía en Cataluña en el siglo XIX. Tal presencia se consolidó en 1911 con la fundación de la Casa degli Italiani. La irrupción del fascismo en 1922 modificaría la estructura estatal y diplomática, produciéndose entre la representación consular en Barcelona y los partidarios del fascismo severas tensiones por el control de las instituciones comunitarias, así como por el rol que se suponía debía desempeñar el cónsul. Fascistizadas las organizaciones de la colonia en 1928, su sometimiento al Fascio Italiano de Barcelona aportaría un grado más de presencia del PNF entre los italianos residentes.

A partir de los años veinte, el eje del relato de Gonzàlez gira en torno a las relaciones que el fascismo estableció con el nacionalismo catalán. Sabido es que Mussolini apoyó movimientos políticos afines al suyo como el *ustasha* de Ante Pavelic, aunque la relación con el catalanismo fue, evidentemente, más compleja. El interés italiano por Cataluña estaba vinculado a las aspiraciones que los transalpinos no ocultaban por controlar el mar Mediterráneo. La llegada de la Segunda República en 1931, y la instalación de un “gobierno masónico”, según el cónsul Romanelli, incrementaban el interés por una posible República Catalana (ensayada, por cierto, en esos meses). El interés era geopolítico, aunque también ideológico: distintos miembros del cuerpo diplomático juzgaban que Cataluña era una avanzada moderna en España, y por ende, la única capaz de entender el verdadero sentido del *fascio*. Del otro lado, es decir, de parte de las agrupaciones del nacionalismo catalán, ese interés no parecía correspondido. Como señala Gonzàlez, la Izquierda catalana estaba volcada a la izquierda y al antifascismo, y la Lliga y el catalanismo conservador veían las solu-

ciones a la convulsionada política española del período republicano en el centrismo, la tranquilidad y las normas establecidas. La única excepción clara de acercamiento entre italianos y nacionalistas catalanes se registró en los contactos que González documenta entre los *Escamots* de Josep Dencàs —acusados de aprendices de fascistas por su estilo militarizado— y funcionarios del consulado. Más allá de una entrevista en la que Dencàs habría expresado su comunidad de ideales con el fascismo, los intercambios parecen no haber prosperado. De hecho, la organización fue disuelta en 1934. Más allá de las relaciones con grupos políticos, el vínculo entre la italiana fascista y la Cataluña republicana fue bueno, y quedó reflejado en la participación de funcionarios en festividades de la colonia y en empresas culturales conjuntas.

La propaganda del fascismo en Cataluña no traspasó los límites de la colonia italiana. Los cursos del Istituto Italiano di Cultura de Barcelona y la exhibición de filmes en la Casa degli Italiani se enfocaban “hacia adentro”. Se trataba, sostiene González, más de cohesionar y mantener fiel a la comunidad italiana local que de fascistizar la península ibérica. En 1935, en una coyuntura internacional hostil hacia Italia por la guerra de Abisinia, fue organizada la Sociedad de Amigos de Italia, en la que se incluyeron algunas figuras del mundo periodístico y político para crear una corriente favorable a los fascistas. Frente a los pocos éxitos por influir en la opinión pública catalana, la competencia con la renovada presencia alemana, de la mano del nazismo, produciría no pocos resquemores entre la diplomacia italiana.

El estallido de la Guerra Civil obligó a la evacuación del consulado, que pasó a funcionar en uno de los buques apostados en el Mediterráneo. Será esa vía la que elegirán para su salida de España distintos

miembros de comunidades extranjeras, así como destacadas personalidades eclesásticas que veían peligrar su vida frente al avance de sectores anticlericales. El caso del escape del obispo Vidal i Barraquer es uno de los más destacados en el texto de González. En los sucesivos apartados se ocupa también de las tratativas que distintos referentes catalanes habrían iniciado para encontrar una salida separada de la guerra. En este punto, González confirma que entre los italianos había interés en concretarlo, aunque se descartaba la intención de apoyar cualquier forma de independencia catalana, lo que hubiera quebrado los acuerdos con Franco, y encontraba pocos beneficios para la política exterior italiana. Una república catalana sólo habría creado una nueva área de influencia francesa —dado las simpatías de quienes parecían capaces de ejercer el poder político en tal experimento— y de orientación claramente izquierdista.

En la Cataluña de posguerra la presencia italiana fue mucho menor que la esperada en retribución al esfuerzo guerrero compartido. La propaganda siguió limitada a la colonia y hasta la caída del fascismo, sólo se destaca la célebre visita de Ciano a Barcelona en 1939.

Este texto amplifica nuestro conocimiento de distintas áreas: la proyección del fascismo fuera de las fronteras de Italia, el devenir de los nacionalismos en España, y nuestro saber general sobre las vicisitudes de la guerra civil. Sin duda el material reunido por González —y el mismo autor ha sido el primero en reconocerlo— ha avasallado a su propia voz en texto. La ausencia de una línea argumental de peso ha cedido su lugar a lecturas parciales sobre hechos puntuales, como el vínculo entre el fascismo y el nacionalismo, o los motivos del interés italiano en una posible independencia catalana. El volumen de fuentes incorporadas a esta obra

debe ser una invitación a futuras lecturas sobre este conjunto de actores, que las ubiquen en un cuadro interpretativo más amplio.

José Antonio Zanca